

PROCEDIMIENTOS Y MECANISMOS DEL METALENGUAJE
EN ESPAÑOL

César Hernández Alonso
Universidad de Valladolid

0. Hay conceptos en Lingüística que se dan por sabidos y asumidos, sin que los estudiosos se detengan en ellos, a no ser desde otras parcelas científicas, y sin que se los atienda detalladamente, salvo esporádica e incidentalmente, como se merecen. Uno de ellos, citado, analizado, 'circunvalado' desde la filosofía y parcialmente desde la semántica, pero no suficientemente estudiado —en concreto su operatividad en la lengua española— es el del *metalenguaje*.

Definirlo como "lenguaje de segundo o superior orden, como un lenguaje que se usa para hacer asertos sobre otro lenguaje en que se describe el lenguaje objeto; (es decir) frente al uso de una expresión la cita de una expresión"¹, nos parece un tanto general y pobre.

Y más limitada nos parece la interpretación del metalenguaje o metalengua (fundiendo los dos) como "lengua forjada artificialmente ... constituida por un inventario limitado de términos definidos de manera unívoca y por un inventario igualmente limitado de axiomas, postulados y reglas para combinar tales

1. Theodor Lewandowski, *Diccionario de Lingüística*, Madrid, Cátedra, 1982, p. 225.

términos. Esta lengua estaría únicamente destinada a la descripción científica de las lenguas naturales”². Obviamente, esta es una concepción totalmente restringida y miope del funcionamiento metalingüístico de la lengua³.

Probablemente esta concepción se debe a la etimología del término, no demasiado afortunado, especialmente del prefijo que lo compone, puesto que *meta-* significa ‘después de’, ‘junto a’, ‘además de’, ‘a continuación’, ‘entre’,... Su polisemia puede llevar a equívocos por una interpretación nominalista de la palabra.

Nosotros aquí no nos preocuparemos de la concepción de la metalingüística, habitual en los lingüistas antropólogos estadounidenses, como todos aquello que está más allá del lenguaje, es decir, los referentes reales, el mundo de la denotación y de la connotación como sustento de cultura que se manifiesta en una lengua, la conducta general de los hablantes de una lengua⁴.

Nos ceñiremos al enfoque intralingüístico del lenguaje, a sus recursos, situaciones comunicativas y actos verbales en que se manifiesta.

Recientemente se ha referido a estas cuestiones José Luis Rivarola, en un breve pero interesante capítulo de su libro *Signos y significados*⁵, reconsiderando sagazmente algunos aspectos del metalenguaje.

Para ir centrando el tema recordemos la solvente opinión de Roman Jakobson⁶, quien al presentar de manera esquemática las funciones del lenguaje, habla de la metalingüística como un segundo nivel del lenguaje, que se refiere al propio lenguaje. Ve bien que el metalenguaje no es solamente un

2. Georges Mounin, *Diccionario de Lingüística*, Barcelona, Labor, 1979, p. 120.

3. Esta concepción ya aparece en G. Frege (1923), en Carnap (1929), y más elaborada en Tarski (1931); pero no nos ocuparemos aquí de su historia.

4. Cf. B. L. Whorf, *Lenguaje, pensamiento y realidad*, 1971; G. L. Trager, *The field of linguistics*, Norman, Oklahoma, 1949.

5. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1991, p. 33 y sigs.

6. Cf. “Linguistique et poétique”, en *Essais de linguistique générale*, Paris, Les éditions de minuit, 1963, p. 209 y sigs.

instrumento científico necesario para lógicos y lingüistas, sino que “juega también un papel importante en el lenguaje cotidiano”. Practicamos –sigue diciendo– el metalenguaje sin darnos cuenta; y lo realizamos cuando “el discurso se centra sobre el código”. Pero aun esta concepción nos parece estrecha, así como los usos concretos con que ejemplifica dicho autor⁷.

Podemos anticipar que “no parece que haya límites respecto al empleo metalingüístico del lenguaje, o, en general, respecto al uso metafigurativo de las representaciones”, utilizando palabras de José Hierro S. Pescador⁸; si bien él las utiliza para criticar la negativa de Wittgenstein a esta idea y alabar, por contra, la postura de Russell.

En realidad, este fenómeno ‘recursivo’ ocurre en casi todos los hechos de la vida donde opera la representación. Así –dice Hierro Pescador– “podemos pintar un paisaje, pero también podemos copiar la pintura de ese paisaje; podemos describir un edificio, e incluso podemos describir una pintura de ese edificio, e incluso podemos describir la descripción que alguien ha hecho de tal edificio”. Y una solución parcial a este problema es, según Russell, aceptar una jerarquía de lenguajes.

Aun esta interpretación de metalenguaje nos parece estrecha, excepto en la aserción de que, en teoría, no se ve límite a la utilización de metalenguaje, si bien en la realidad de la lengua tiene unas lindes convencionales.

Desde esta hipótesis hay que distinguir claramente entre *lenguaje objeto*, por un lado, y metalenguaje, por otro, donde quedan definidos los conceptos y reglas de aquel. O si se prefiere, con L. Hjelmslev⁹ metalenguaje o metalengua es “aquella lengua descriptiva que permite la descripción de una lengua a través de un método adecuado; es decir, un lengua cuyo plano de contenido es ya una lengua”.

1. Quizás convenga ir distinguiendo de manera provisional entre metalenguaje como lengua –no artificial– o utilización de recursos lingüísticos

7. Cf. nuestro “Replanteamiento de las funciones del lenguaje”, *Homenaje a A. Candau*, Universidad de Valladolid, 1988, pp. 149-170.

8. *Principios de Filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 259 y sigs.

9. *El lenguaje*, Madrid, Gredos, 1971, p. 167 y sigs.

capaces de describir otro lenguaje; y el metalenguaje intralingüístico como procedimiento que aparece continuamente en la utilización común de una lengua.

Como principio fundamental, avanzaremos que todo segmento lingüístico (de cualquier extensión) que tenga como referente algún otro segmento lingüístico, previamente aparecido o pre-nunciado, opera metalingüísticamente. Cualquier referencia de un signo a otro es, pues, metalingüística.

Aún más, nos atrevemos a afirmar que en la comunicación habitual utilizamos un porcentaje de actos metalingüísticos tan alto –prefiero el término acto, pese a su polivalencia, al de uso lingüístico por razones que más adelante comentaremos– que en muchas ocasiones la comunicación sería imposible sin ellos. Por decirlo sencillamente, nos comunicamos lingüística y metalingüísticamente.

Aún más, esos actos metalingüísticos son índice de la economía del lenguaje. Con ellos realizamos un proceso de reciclaje de parte de lo comunicado, una especie de recursividad comunicativa, o de reflexividad semántico-referencial; o sea, que se trata de un mecanismo circular intralingüístico y, mayoritariamente, de carácter sintagmático.

Y, lo que es más importante, este mecanismo de la comunicación lingüística es el más distintivo del ser humano. Hay animales que se comunican de diversos modos y con diferentes procedimientos. Pero ninguno, salvo el hombre, puede hablar de su hablar. Sólo el hombre puede pensar su pensamiento, y hablar sobre su hablar, sobre lo que habla; de volver sobre lo comunicado, operando metalingüísticamente. Y este mecanismo psíquico-comunicativo se apoya en la memoria de lo dicho, buscando un aprovechamiento extraordinario del mensaje; es decir, en busca de una economía comunicativa y con un claro afán de esclarecer lo transmitido. Es, pues, algo esencial y distintivo del lenguaje humano.

En nuestra concepción vamos más allá que von Humboldt, para quien “la esencia del pensamiento está en reflexionar, es decir, en diferenciar al que piensa de lo pensado”. Nuestro parecer es que la esencia del pensamiento humano consiste no sólo en reflexionar y fijar esa dicotomía, sino en la capacidad de pensar el pensamiento, de reflexionar sobre el contenido del pensar y, a la vez que se piensa, poder verbalizarlo y transmitirlo por el lenguaje.

Pero las formas de realizar el metalenguaje difieren de unos tipos de textos a otros (narración, descripción, diálogo, conversación...), según veremos. Y conviene advertir que hay unas clases de palabras específicas para el metalenguaje, pero que otras muchas, sin ser metalingüísticas, operan como tales.

Tampoco debe ceñirse la función metalingüística a una manifestación de la función referencial o del acto discursivo enunciativo –realización mayoritaria–, ya que puede darse en otras funciones del lenguaje¹⁰.

2. Concebimos, pues, el metalenguaje como un procedimiento lingüístico utilizado para referirse a otros elementos lingüísticos del mismo o de diferente enunciado o texto, así como para describir, analizar e interpretar una lengua natural.

En esta última capacidad de dicho mecanismo existen varios *grados de metalenguaje*. El de primer grado estaría representado por un trabajo referencial, descriptivo o explicativo de algún fenómeno de la lengua; mientras que utilizar el lenguaje para hablar del metalenguaje –operación que estamos realizando en este momento– supone un metalenguaje de segundo grado; un metametalenguaje en el que, a su vez, puede haber referencias metalingüísticas internas, a lo largo del texto; y aun cabe la posibilidad de criticar o comentar este trabajo, con lo que estaríamos en un tercer grado de metalenguaje.

Quizás se comprenda mejor esta idea si pensamos que las *Glosas*¹¹ utilizan un metalenguaje, pero quien glosa y comenta esas glosas realiza un metametalenguaje.

La conciencia metalingüística de los hablantes “se manifiesta en el hablar sobre el hablar mismo, en el hablar sobre las lenguas y en el hablar sobre el lenguaje”¹², y en la referencia a algún enunciado previo real o supuesto.

10. Cf. nuestra *Nueva Sintaxis de la lengua española*, Salamanca, Colegio de España, 1995, p. 61 y sigs.

11. Cf. C. Hernández Alonso, J. Fradejas Lebrero, G. Martínez Díez y J.M. Ruiz Asencio, *Las glosas emilianenses y silenses* (edición crítica y facsímil, estudios y análisis), Ayuntamiento de Burgos, 1993.

12. Cf. José Luis Rivarola, *loc. cit.*, p. 33.

Lo primero que salta a la vista, pues, en todo fenómeno metalingüístico es la ‘circularidad’ o ‘reflexividad’ referencial, por las que nos referimos a una parte del metalenguaje con el propio material de la lengua en que nos estamos comunicando.

Los signos lingüísticos, en general, pueden nombrar, describir, analizar, comentar, referirse a otros signos – y aun a sí mismos– tanto en su funcionamiento, en su significado, en su significante, etc. Son signos que algunos han llamado “autonómicos”¹³.

3. Para ordenar las numerosas y diversas realizaciones del metalenguaje distinguiremos las siguientes actividades: *metalengua*, *metacomunicación*¹⁴ y *reproducción lingüística*.

3.1. La primera consiste en a) explicitar algún segmento de lengua a través de instrumentos y procedimientos lingüísticos. Esa explicitación puede ser por definición, por denominación, por equivalencia, por significación, por denotación, por designación...; b) utilizar un segmento lingüístico no como unidad referencial de la lengua, sino como formante de un lenguaje y de un código, en sí, sin que en dicha operación signifique. Es decir, que no actualiza su significado propio, sino que aparece como segmento sígnico; y c) referencia metalingüística a una lengua, a su historia, a una parte de ella, a su funcionamiento,... a través del lenguaje.

Veamos algunos ejemplos de estos casos:

- a) (1) El hijo del oso se llama osezno.
(2) El toro es un animal mamífero, vertebrado, bóvido, cuadrúpedo, dotado de dos cuernos...
(3) Faltarle algún tornillo quiere decir que carece de sensatez.
(4) Esotérico es lo mismo que oculto, reservado.
(5) La divergencia o discrepancia y diversidad de opiniones es fundamental en todo debate.

13. Cf. entre otros, Tullio de Mauro (*Minisemántica*, Madrid, Gredos, 1986), para quien *autonomía* y *reflexividad* son dos universales lingüísticos.

14. Harweg ya distinguía entre “unidades de metalengua y unidades de metahabla”, que no abarca todo tipo de realización metalingüística.

- (6) La quimioterapia, método curativo de las enfermedades, es imprescindible en este caso.

Como se ve en los ejemplos citados, los modos de presentación formal son diversos: desde una estructura oracional a una coordinación disyuntiva de alternativa (con *o*,...), o una explicitación a través de un concatenador (*o sea, es decir, lo que quiere decir*...), o simplemente una aposición explicativa.

La relación entre el segmento primero y su formalización metalingüística puede ser de identidad, equivalencia, explicación, definidora, caracterizadora...; pero en todo caso la extensión significativa de ambos es igual.

En esta actividad encajan todas las definiciones, pseudodefinitiones y descripciones de los diccionarios de una lengua, así como glosarios y léxicos, las explicaciones y aclaraciones; es decir, toda actividad lexicográfica y explicitadora a través del lenguaje. Como puede comprenderse, es frecuentísima esta operación tanto en la comunicación coloquial cotidiana como en la técnica y científica, en la enseñanza, en la oratoria, etc.

Ejemplos del subtipo b):

- (7) Ramón es un nombre propio.
(8) 'Mi hermano' funciona como sintagma sujeto en la oración ¡Qué cochazo se ha comprado mi hermano!
(9) 'Mi' consta de dos fonemas y opera como determinante en el sintagma.
(10) El alemán es una lengua que conserva la flexión de casos.
(11) "Infame turba de nocturnas aves" es un verso eufónico, onomatopéyico y con distribución concéntrica de los fonemas vocálicos.
(12) Donde dije 'digo' digo 'Diego'.
(13) Pronuncia 'güeno' en vez de 'bueno'.
(14) El presente de indicativo, *canta*, puede expresar los siguientes valores.
(15) Esa frase que has dicho no tiene sentido.
(16) La preposición *de* no es correcta en este texto.

Como puede verse, se trata de reproducciones de segmentos parciales como formantes de cadenas lingüísticas en sí, sin que en estos contextos mantengan o actualicen sus propios significados. Las operaciones que destacan son las de descripción de elementos, unidades y relaciones, la precisión, la concreción...

c.1. En las actividades metalingüísticas del subtipo c), que son bastante diversas, se hace referencia global a una lengua, a una parte de ella (texto), a su historia y evolución, a sus diversas realizaciones dialectales, etc. Este es el procedimiento que se utiliza al explicar la gramática de una lengua, al enseñar una lengua propia o ajena, al comentar cualquier texto desde cualquier perspectiva y método, etc.; es decir, en toda actividad –copiosísima, por cierto– de explicación, comentario, análisis, exégesis, interpretación, paráfrasis cuasiliteral¹⁵; todo el mundo de la lingüística en sus más diversas parcelas y de los estudios conectados directa o indirectamente con ella y con la lengua (Gramática del texto, Literatura, etc.). Obviamente, alguno de estos enfoques será predominantemente diacrónico, y en otros preferentemente sincrónico, acrónico o panacrónico. Pero de esta diferencia no nos ocuparemos aquí.

c.2. Una variedad llamativa de este tipo de metalenguaje, científico o académico, es el de la *Historiografía lingüística*, que se ocupa de la evolución de los estudios lingüísticos sobre una lengua o alguna de sus parcelas. Es decir, que utilizando terminología y métodos emanados de la Lingüística, enfoca y estudia la evolución de los estudios e interpretaciones de unas parcelas u otras de la lengua, o analiza determinada teoría lingüística. Es, pues, un metalenguaje técnico de segundo grado, un metametalenguaje. Obviamente tiene tres componentes fundamentales: la descripción, el contraste y la valoración¹⁶.

c.3. Evidentemente toda operación de tipo c) implica y exige un método, unos principios y una terminología adecuada. Ese conjunto de términos científicos que encierran una función, unas relaciones, una misión en los mecanismos lingüístico-comunicativos, son, en sí mismos, metalingüísticos. Por ello, incluimos en este subtipo de metalenguaje explícito a toda unidad que forme parte de una terminología lingüística, que defina o encierre el valor de un segmento, o que denomine una lengua o alguna parte de ella. Por un lado están los términos técnicos como *oración, morfema, estructura, cláusula, fonema...*; por otro, los denominadores de lenguas o de sus diferencias diatópicas, diastráticas o diafásicas, tales como *español, latín, inglés, sánscrito*,

15. Cf. J. L. Rivarola (*loc. cit.*), pp. 37 y 64.

16. Metalenguaje es también lo que se hace en este trabajo, pues con el lenguaje común y el técnico-científico analizamos, explicamos y comprobamos el funcionamiento del metalenguaje en la lengua española. Sobre la verdad metalingüística, véase Jarold J. Katz, *Teoría semántica*, Madrid, Aguilar, 1979.

el dialecto extremeño, el berciano, el yucateco...; en un tercer grupo colocaremos términos que en origen fueron técnicos, al menos algunos, y que circulan en la expresión común: *palabra, sílaba, decir, pronunciar, significado, contenido...*

Son, pues, todas palabras intrínseca y explícitamente metalingüísticas, cuyo significado, en sí, se refiere a elementos o actos del lenguaje; es decir, que el referente lingüístico de tales signos es un concepto lingüístico.

c.4. Una variedad de este último grupo es la de los morfemas, que forman una categoría metalingüística.

Nos referimos tanto a los morfemas gramaticales (de género, de número, de persona actante, de tiempo....) como a los autónomos de relación (conjunción, conectores, preposiciones...). Su misión en el proceso de comunicación es la de establecer funciones, relaciones... y orientar al receptor a decodificar oportunamente el mensaje.

Ello nos lleva a preguntarnos si no habrá que hablar de un sistema metalingüístico en cada lengua, dada la abundancia de signos que responden al metalenguaje y que operan como tales, y la gran abundancia de mecanismos y actos metalingüísticos que ponemos en funcionamiento en la lengua, como estamos viendo. Piénsese en lo que ya intuyó Austin y explicitó Weinrich¹⁷ que “cuanto mayor sea el desnivel de competencia entre los hablantes, mayor número de recursos metalingüísticos se necesitarán para una correcta intercomunicación”.

3.2. En principio, todo enunciado puede ser actualizado en un discurso normal y en uno metalingüístico. Así si emitimos el segmento *Casa con dos puertas* no sabemos, pese a la probabilidad de que forme parte del conocido adagio-refrán, si formará parte de un enunciado lingüístico o metalingüístico; sencillamente, con que continuemos *forma parte del refrán casa con dos puertas mala es de guardar*, ya opera metalingüísticamente. Lo que quiere decir que cualquier enunciado parcial o total puede convertirse en enunciado metalingüístico; y que tan frecuente y abundante operación es un acto locutivo, un tipo especial de enunciación. Ello no obsta para aceptar que ciertas unidades sean, en sí y permanentemente, metalingüísticas, según vimos.

17. *Lenguaje en textos*, Madrid, Gredos, 1981, p. 136.

Para la enunciación metalingüística se dispone de diversas fórmulas, según el tipo de operación que realicemos (definición, explicación, identificación...) y el modo discursivo utilizado (enunciación, diálogo...). Así, por ejemplo, en una conversación o diálogo poliédrico, pluriactancial, el emisor puede añadir en determinado momento: *para que me entiendas...*, o *te lo explicaré de otro modo*, o *quiero decir*, o bien requerir del interlocutor: *¿lo entiendes bien? ¿te has aclarado? ¿comprendido?...* que son segmentos metalingüísticos inquisitivos. Y también el interlocutor de un diálogo o de una conversación puede interrumpir un turno elocutivo y preguntar *¿y eso qué quiere decir? o explícate mejor*, o *ponme un ejemplo*, etc., que incitan a una reformulación, explicación o aclaración.

Estas son, pues, algunas de las fórmulas de comunicación metalingüística intratextual, o preferentemente anafórica, pero también catafórica.

3.3. Especialmente interesante es el procedimiento de *metacomunicación*, que utilizamos habitualmente con suma frecuencia, tanto en la comunicación coloquial como en la elaboración literaria o en la científica.

Entendemos por tal todo acto metalingüístico que reproduce total o parcial, directa o indirectamente algún enunciado previo, o bien hace referencia a algún elemento aparecido o que aparecerá en el contexto. Se realiza en el discurso y da como resultado una reactualización y una conjunción de diversos segmentos discursivos en un nuevo discurso complejo. Con ello nos encontramos en el interesante mundo de los discursos referidos, de los diversos tipos de citas y enunciados reproducidos, y en el más elemental de la pura y escueta metacomunicación, que actúan por interacciones comunicativas.

A. Comencemos por este último, para centrarnos después en la frondosidad del discurso como intersección de discursos diversos.

Encontramos la pura comunicación bien con referencia a enunciados ya aparecidos o como pre-nunciación de algo que se va a decir. Ejemplo:

- Les repito que las condiciones de esta operación son beneficiosas.
- Les diré que a partir de este momento las cosas van a cambiar;

o la cacofónica fórmula que se escucha constantemente en los medios de comunicación, con un infinitivo narrativo metalingüístico, como

Por otra parte, comunicarles que mañana, a las 8, se inaugurará el salón.

En el primer caso viene a ser una especie de *feedback*, de retroalimentación del mensaje con unidades emitidas para enfatizar o insistir en aquella. Es como si el lenguaje se retroalimentara formando bucles.

El procedimiento del primer caso, en algunas ocasiones, sirve para aclarar o precisar ciertos contenidos, o para ceñir y centrar la atención en una parte del enunciado:

No me refiero a todas las ventajas de esta operación, sino solamente a las que llamé 'tácticas'.

El segundo caso, enunciativamente epentético, aporta una llamada de atención al receptor, participa de la emotiva, a la par que la metalingüística. Es como si el emisor advirtiera "atención, que voy a decir algo de interés".

Una variante de esta metacomunicación es la que realizamos constantemente en el diálogo o la conversación para resolver las dificultades o perturbaciones de la comunicación. Los interlocutores intentan aclarar siempre la comprensión del mensaje por procedimientos metalingüísticos¹⁸. Lo vemos cuando el oyente pregunta: *¿cómo dice? ¿qué entiende usted por...?, ¿qué quiere decir con...?*, etc. o cuando el emisor contesta: *he dicho que..., he querido dar a entender que..., se lo diré con otras palabras...,* etc. Cuando en una comunicación hay perturbaciones, éstas se tratan de resolver con procedimientos metalingüísticos. Y casi todo el juego de preguntas y respuestas aclaratorias de una comunicación es un engranaje de actividades metalingüísticas. Así aprende el niño a ampliar su incipiente lenguaje.

B. Centrémonos ahora en el universo del lenguaje referido, que puede producirse por combinación e intersección de enunciados ajenos o propios ya formulados (excepto en presuposiciones y adivinanzas virtuales) en un nuevo discurso conjunto, que forma una auténtica polifonía.

Toda cita puede ser *total* o *parcial*, según el contenido de lo reproducido respecto a lo enunciado originariamente; *fidedigna*, *aproximada* o *distorsionada*, en atención a la fidelidad de la reproducción; y *directa* o *indirecta* según la forma de reproducirla y de insertarla en el nuevo discurso conjunto. Obviamente, aquí nos interesa más la última distinción, aunque no desatenderemos las anteriores.

18. Cf. Harold Weinrich, *Loc. cit.*, p. 114 y sigs. Véase, para los procedimientos, más arriba 3.2.

B.1. La primera forma de este procedimiento metalingüístico es la cita *textual o literal* de un enunciado tal cual apareció en su origen. Estas pueden ir desde la cita monorrémica (Ej.: *Y el embajador sólo dijo "sí"*) hasta la reproducción literal de un discurso o de una pieza oratoria. Estas citas aparecen en la forma llamada de *estilo directo*, en el que se reproduce textualmente el discurso (palabras y pensamientos) tal y como se sabe o se supone que los emisores lo produjeron en origen.

Suele ir precedido de un *verbum dicendi* (*dijo, contestó, replicó, pensó, escribió...*), que designa actos de comunicación lingüística, de pensamiento y semejantes; pero no faltan ocasiones en que dicho verbo, generalmente inserto en una cláusula oración, se interpola como inciso autónomo sintácticamente en el texto reproducido. Ej.: "*No se pueden ni deben llamar a engaños —dijo don Quijote— los que ponen la mira en virtuosos fines*" (Quijote, II, XXII).

En principio, las formas verbales de los déicticos del discurso referido se mantienen tal cual corresponde a su enunciado y no se ven modificados por el influjo de los del discurso envolvente.

Pero este no es un procedimiento meramente literario. Es, en realidad, un recurso que presta vida a la comunciación y verosimilitud a lo enunciado, y además da generalmente un matiz 'dramático' al texto.

Lo utilizamos habitualmente en la comunicación coloquial popular para contar cualquier hecho, por insignificante que sea, y así concederle fuerza expresiva. Es lo que en varios lugares he llamado¹⁹ 'actualización del relato', que consiste en una especie de puesta en escena ante el receptor de aquello que pensamos contar. Veamos un ejemplo:

Pues, fíjate, me encontré con tu primo, y va y me dice:

— ¿Sabes que ayer fue mi cumpleaños? Y yo:

Ni idea, lo había olvidado totalmente.

— Pues no te perdono, que yo bien que me acuerdo de felicitarte cuando tú los cumples. Oye ¿Sabes quién me felicitó?

— Ni idea

—La Antonia; fíjate, que no me hablaba desde la fiesta y ahora se acuerda...

19. Cf. nuestro *Así hablamos*, Valladolid, 1986.

Como se ve, con esta elemental escena contamos el encuentro con otra persona, y vemos aparecer en el proscenio a cada personaje cada vez que habla. Con ello se da vivacidad, énfasis y 'dramatismo' a lo narrado.

Inténtese trasladar al estilo indirecto todo este fragmento y se verá la pesadez y lentitud del mensaje.

En textos literarios, preferentemente narrativos, es frecuente la reproducción literal de otra voz, de algún enunciado de otro personaje, y aun de una conversación, si bien interpolada por verbos o fórmulas introductorias de los parlamentos nuevos.

Las citas en textos elaborados (científicos, literarios, ensayísticos...) pueden responder a diversos caracteres: unas son *comprobatorias* de una aserción, de un argumento; son las llamadas 'citas de autoridad', que unas veces proceden de un autor, otras veces de un libro de gran importancia (Biblia, Corán...), de una ideología, o de un emisor no precisado pero sí situado (*ya lo dijo aquel emperador romano...*²⁰).

Otro tipo de citas textuales son los epígrafes que sirven de lema para introducir un libro, un capítulo...; suele representar la idea mentora de lo que sigue o un *leit-motiv* del texto.

Hay, en fin, citas sin autor, que se refieren a una cultura o ámbito muy general (Ej.: *Ya lo dice el refrán: donde una puerta se cierra, otra se abre*). A veces éstas van introducidas por fórmulas tan genéricas como *ya lo dijo el otro, ya lo dijeron los antiguos, como dijo aquel, etc.*

B.2. Hasta aquí nos hemos referido a las citas directas o literales o textuales, insertas o incrustadas en un discurso superior, a través del llamado 'estilo directo'. Todas ellas se oponen a las diversas citas no directas, formuladas en el llamado discurso indirecto, indirecto libre, o indirecto encubierto, que son frecuentísimos en la comunicación coloquial y en la elaborada.

En éstas el discurso referido aparece en una cuasiliteralidad, más o menos fiel al enunciado originario, se funden temática y sintácticamente de manera más fuerte al nuevo discurso, de manera que formen parte indisoluble de él.

20. Cf. Dominique Maingueneau, *Introducción a los métodos de análisis del discurso*, Paris, Hachette, 1976, pp. 138-144.

Presentaremos escuetamente todas las distintas formas de citas no directas, y sólo atendiendo a nuestro objetivo, el estudio del metalenguaje.

B.2.1. El *estilo indirecto* narra indirectamente lo que alguien dijo (o dirá) en otro momento, señalando la fuente de esa elocución, a través de un *verbum* (o una locución) *dicendi*. Se inserta en el discurso general como segmentos subordinados a dicho elemento verbal, con unas variaciones en la correlación temporal. Nunca es una cita literal, sino con una adaptación formal, (y de contenido en ocasiones) a la nueva estructura discursiva. Hay, pues, una incrustación del discurso referido en el referente. O, por decirlo de otra manera, se insertan una nueva voz y un nuevo locutor en el enunciado discursivo, no hay una reproducción exacta de lo que se dijo (o se dirá), sino una interpretación de aquello.

Ej.: Mi hermano me dijo que le llamase a las doce.

Es, pues, un mecanismo por el que se extrae de un contexto dado un segmento y se inserta en otro, lo que implica una distancia, mayor o menor, de lo enunciado en el texto nodriza y lo reproducido en el discurso envolvente.

Los elementos que introducen este estilo indirecto son, en general, cualquier *verbum dicendi* o cualquier locución de semejante contenido: *Dijo, diría, vino a decir, Fulano pretendía que, defendió que, según sus palabras, en opinión de F., etc.*

Un segundo fenómeno interesante es la correlación temporal y modal entre la fórmula introductoria y el verbo dominante de la cita indirecta, según una compleja relación gramatical, que no creemos pertinente desarrollar en este momento. Pongamos, no obstante, un sencillo ejemplo:

Cita directa:

a) Pas. Me incorporé a este Regimiento con la ilusión de...

El coronel dijo

b) Pr. Me incorporo a este Regimiento con la ilusión de...

c) Fut. Me incorporaré a este Regimiento con la ilusión de...

Cita indirecta:

a) El coronel *dijo* que *se había incorporado* a *aquel* Regimiento con la ilusión de...

(Las palabras del coronel fueron....)

- b) El coronel *dijo* que *se incorporaba* a *aquel* Regimiento con...
- c) El coronel *dijo* que *se incorporaría* a *aquel* Regimiento con...

Como se ve, se modifican las formas verbales, siguiendo una determinada correlación de tiempos²¹, y con una modificación de los déicticos. Esta es debida a que el eje señalizador de la déixis es el enunciador del discurso envolvente y no de la cita originaria.

Otros fenómenos interesantes y llamativos en el estilo indirecto son: el cambio de 'personas'-actantes tanto en el verbo como en los pronombres personales, y la aparición de algún transpositor (*que, de que...*):

Ej.: El coronel dijo: "Yo esperaba de todos ustedes una actuación más castrense..." ==> El coronel dijo que *él* *esperaba* de todos *ellos* una actuación más castrense...

Respecto al cambio de personas hay que distinguir dos casos: que el emisor del discurso originario sea distinto del enunciador del discurso envolvente; o que ambos sean el mismo.

Como puede deducirse, en el primer caso, en el estilo indirecto se pierden las personas primera y segunda, propias de la enunciación y comunicación directa, y se transforman en tercera, con la correspondiente modificación de los déicticos derivados de los personales (*mi* → *su*; *tu* → *su*, *nuestro* → *suyo...*); al igual que de los adverbios déicticos (*aquí, ahí* → *allí...*).

En el segundo caso, de identidad referencial del enunciador del discurso envolvente y del citado, se mantienen las personas:

Ej.: Ya advertí yo que mis negocios los atendía yo mismo para que funcionaran mejor.

También suelen mantenerse las personas actantes del discurso originario citado en el estilo indirecto cuando se refiere a un *tú*.

Ej.: Bien nos decías que tú y tus hermanos formábais una pña.

21. Cf. entre otros, Concepción Maldonado, *Discurso directo y discurso indirecto*, Madrid, Taurus, Universidad, 1991; y nuestra *Gramática funcional del español*, Madrid, Gredos, 3ª ed. (muy ampliada y reformada), 1996.

B.2.2. Una variante del anterior es el *discurso indirecto libre*. Con él contamos algo que alguien dijo, señalando la fuente del mensaje citado, y las palabras se reproducen más o menos literalmente. Con este mecanismo discursivo el enunciador asume de algún modo el contenido de lo que narra citando.

Es una forma intermedia (o mixta) entre estilo directo y estilo indirecto –coincide con el último básicamente en las formas de correlación verbal–, utilizada como recurso estilístico, preferentemente en lengua literaria.

Ejs.: Y comenzó a pensar. ¿Qué le habría ocurrido? ¿Por qué no venía a visitarle en esta ocasión tan señalada? ¿Quién le inducía a tomar una actitud así?

Por lo que mi amigo le había dicho, el muchacho tenía intención de acudir a la celebración, alguien le había implicado en un asunto turbio y estaba angustiado con el problema.

Es, pues, un procedimiento renarrativo que, sin prescindir de la tercera persona narrativa, reproduce el pensamiento o la elocución de otro personaje, sin citarlo literalmente y sin la presencia de un *verbum dicendi*²².

Centrémonos ahora en una serie de citas no actualizadoras que aparecen sin la estricta formalización que corresponde a una cita, muestran adecuada intención discursiva especial, y reproducen –eso sí– información de segunda mano, pero de manera indirecta. Por ese factor de reproducir con distintas palabras algo ya enunciado, encajan perfectamente en el metalenguaje²³.

B.2.3. *Discurso indirecto encubierto*

A través de él reproducimos indirectamente un enunciado, asumido por el enunciador, que añade una determinada intención. Hay en él, pues, un contenido propio del enunciado originario más una significación en la enunciación que aporta el enunciador.

22. Cf. Guillermo Verdín Díaz, *Introducción al estilo indirecto libre*, Madrid, RFE, 1970.

23. Cf. Graciela Reyes, *Los procedimientos de cita: citas encubiertas y ecos*, Madrid, Arco-Libros, 1994.

Puede estar marcado por entonaciones especiales y diversos suprasegmentos específicos, en la lengua oral, y por comillas o distinto tipo de letra en la escrita.

Ej.: “Juan iba a llevarte al cine esta noche ¿verdad?”, eso dijo al menos... (dicho con cierto retintín y guasa por una amiga a otra).

Como se ve, no hay una cita literal, sino una reproducción de un mensaje-promesa producido por Juan en otro momento, y no cumplido, que el emisor valora negativamente, criticando a la amiga su ingenuidad.

Es en el contexto y en la enunciación donde verdaderamente aparecen estas pseudocitas con un significado muy superior al de la frase enunciada fuera de ese contexto.

– Una variedad de esta forma es la cita sin forma de cita:

Ej.: Estuvieron discutiendo vehementemente sobre el encuentro como si de algo de vital importancia se tratase. El portero había cometido falta al arrojarse a los pies de Butragueño. Este se había dejado caer para enganar al árbitro y provocar el penalty. El línea estaba despistado... En fin, tras tan vital polémica, hubo que volver a la oficina.

Puede percibirse que a partir de “El portero...” hasta “...despistado”, estamos reproduciendo indirectamente o pseudoindirectamente –sin forma de cita– los argumentos de los interlocutores.

– Otra variedad de esta cita encubierta es la reproducción de algo recibido por información ajena:

Ej.: Por lo que he oído, se retrasa el comienzo de la reunión hasta las doce.

Aparentemente es una comunicación directa de emisor a receptor, pero en realidad lo es de un mensaje escuchado, que implica, a su vez, una inferencia, y produce un enunciado deductivo.

– Semejantes a ésta son todas las llamadas ‘citas implícitas’, tan frecuentes en todo tipo de comunicación:

Ejs.: Según mi amigo, no hay nada mejor para una buena digestión que un buen aguardiente.

- Será inteligente, pero no lo demuestra.
- Parece que mañana viene el inspector; eso circula por los pasillos.
- Conque iba a llover y no podríamos salir al campo ¿eh?, ahí tienes un sol radiante.

Como puede verse, son pseudocitas o referencias de un enunciado ajeno, asumido por el emisor y trasladadas a otros receptores. Hay, pues, una reproducción parcial y simulada de otro mensaje.

C. Un tercer tipo de *metacomunicación* de notable interés es de los deícticos *endofóricos* o textuales; es decir, todos los elementos que tienen como referente algún elemento del contexto propio o de otro discurso.

Abarcan desde el más sencillo relativo (*que, quien, cual...*), que reproduce un elemento ya aparecido (*anáfora*) o que aparecerá seguidamente (*catáfora*), a los adverbios deícticos de espacio y tiempo (*aquí, ahí, allí; antes, después, ahora, entonces...*), o a los pronombres personales (*tú, él...*), o los demostrativos (*este, aquel*). No nos detendremos aquí en su interesante estudio y análisis, sino nuevamente en su capacidad al reproducir enunciados textuales²⁴.

Como ya hemos visto, los deícticos cambian de una comunicación directa a un discurso referido. En éste, por ejemplo, sólo se utilizan los demostrativos *este/aquel*, y se pierde *ese*; asimismo *aquí* y *ahí* es reemplazado por *allí*, al igual que el *yo* lo es en muchos discursos referidos indirectos por *aquel* o *él*.

Además de los auténticos deícticos, hay también otra serie de referentes endofóricos, que aportan una economía lingüística y una notable cohesión al texto: *por lo dicho más arriba, como vemos seguidamente, en atención al punto primero*, etc.; y otros elementos que reproducen reemplazando a otros segmentos con contenido ya aparecido.

Ej.: Mis primos se han dado un verano estupendo: han viajado, esquiado, se han divertido a tope..., pero yo no he podido *hacerlo*.

3.4. El tercer tipo de procedimientos metalingüísticos, el de mayor complejidad de todos, pues puede contener a todos los anteriores, es el que llamamos *reproducción lingüística*. Se da, generalmente, en macrotextos.

24. Véase nuestra *Nueva sintaxis de la lengua española* (cit.)

3.4.1. Comenzaremos refiriéndonos a las *traducciones* de una lengua a otra, actividad complejísima y delicadísima.

Como es bien sabido, traducir no consiste sólo en trasladar palabra por palabra, ni aun segmentos oracionales por otros equivalentes, sino en mucho más. Por no entrar en los graves problemas de la traducción, pero para intuirlos solamente ¿cómo traducir bien al japonés la poesía de Góngora? o ¿cómo trasladar todas las ilimitadas presuposiciones de un poema a otra lengua que opera con distintos mecanismos presupositivos y de inferencias?.

En todo caso, al margen de todas esas dificultades, toda traducción es una reproducción, más o menos fiel, de un texto en otro texto de diferente lengua; se trata, pues, de un procedimiento meta-inter-lingüístico.

3.4.2. Un segundo caso de reproducción lingüística es la lectura, especialmente la lectura en voz alta, pero también la personal y silenciosa, o la repetición memorizada de un texto escrito u oral. No en vano es sabido que el auténtico re-creador de un poema o de un texto es el lector.

Metalingüaje realizan los locutores de radio y televisión cuando leen textos escritos (noticias, informaciones de teletipos...); como también quienes actúan en un teatro leído.

3.4.3. Un caso especial de reproducción metalingüística es la representación teatral. Los actores dan vida y reproducen un texto escrito y lo hacen llegar a los espectadores.

3.4.4. Más complejo es el caso del cine, que implica una cadena de reproducciones de lenguajes diversos y con transformación de energía. Veámoslo en síntesis:

un guionista produce un libreto-texto, que unos actores reproducen, cuyo producto queda grabado en la banda sonora. Si el filme se vierte a otros idiomas –hecho habitual–, hay unos personajes locutores que ‘doblan la voz’, siguiendo una traducción aproximada del contenido del texto original, que se ha visto forzada –entre otras cosas– a atender los movimientos de labios y la expresión de los actores que grabaron el guión original. Este producto reemplaza a la primera banda sonora. Y el espectador, al ver la película, lo que percibe acústicamente es el resultado de una transformación de energía electromagnética en ondas sonoras.

Pero del mensaje originario del primer guión escrito a lo que escucha el espectador hay, verdaderamente, una considerable distancia. En todo caso, se trata de una reproducción múltiple de varios lenguajes conjuntados en el filme.

Por ello, de algún modo, la reproducción cinematográfica es un tipo de múltiples procedimientos metalingüísticos.

Más clara queda aún la operación metalingüística en los llamados 'cine-forum', que comentan y analizan algunos de los componentes del filme.

3.4.5. Más que metalenguaje –sin negar que lo sea–, sino como segundo lenguaje debe considerarse toda la lengua escrita. Esta no es, generalmente, más que una regular o mala fotografía de la expresión lingüística auténtica, que es la oral, que utiliza otro canal y otros procedimientos de representación y de comunicación.

Como puede deducirse, en todas estas reproducciones lingüísticas de otro producto lingüístico, pueden aparecer todos los mecanismos metalingüísticos que hemos analizado antes; pero ellas, en sí, son auténticos metalenguajes.

4. Tras toda esta sintética revisión de los procedimientos y mecanismos metalingüísticos que utilizamos al comunicarnos en nuestra lengua, se comprenderá lo fundamentales que son para el entendimiento verbal. No creemos exagerar si ratificamos que nuestra intercomunicación sería casi imposible sin este engranaje metalingüístico, de tan notable complejidad; y que el sistema de la lengua se hace realidad lingüística y metalingüísticamente.

La insuficiencia y las ambigüedades de una lengua natural se resuelven fundamentalmente a través de la reflexión y explicitación que proporciona el metalenguaje.